



Domínguez, R. T., & Ibacache, C. A. (2023). *Psiquiatria comunitaria en el sur de Chile: Temuco y Nueva Imperial, 1968-1973*. Ediciones Escaparate.

De la memoria al saber, el servicio de psiquiatría comunitaria en Temuco y Nueva Imperial

Da Memória ao Conhecimento: O Serviço de Psiquiatria Comunitária em Temuco e Nueva Imperial

From Memory to Knowledge: The Community Psychiatry Service in Temuco and Nueva Imperial

Matías Lagos Castro¹

Son variadas las experiencias latinoamericanas, que, desde el trabajo en salud mental, buscaron proponer modelos de intervención innovadores, considerando como horizonte el pensamiento crítico y el compromiso ético para con los pacientes. Nombres como el de Nise da Silveira en Brasil, Juan Marconi en Chile, Enrique Pichon-Rivière en Argentina, Humberto Rotondo en Perú, fueron parte de un rico periodo para las ciencias sociales, no tan solo para la psiquiatría o la psicología, si no también para el trabajo social, la antropología, lo cual, si consideramos la complejidad sociopolítica de la época, le da mucho más mérito a esta búsqueda latinoamericana, de abordar los problemas sociales.

¹ Universidad de Concepción, Chile. E-mail: psmatiaslagos@gmail.com ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6428-8750>



La Psiquiatra Rosa Torres y la Historiadora Claudia Araya (2023), son las co-autoras del libro en cuestión, llamado “*Psiquiatría comunitaria en el sur de Chile: Temuco y Nueva Imperial, 1968-1973*”, libro que de forma casual o no, fue publicado en el mismo año en que se conmemoraron los 50 años del Golpe en Chile. Torres y Araya, se dieron la ardua tarea de investigar, revisar entrevistas, material gráfico y otros documentos para que este libro viera la luz, lo que sin lugar a dudas nos hace pensar este proyecto, como un ejercicio de memoria histórica y reivindicativo, de aquellas prácticas tan innovadoras en materia de salud mental ocurridas en Chile.

Los artífices del proyecto comunitario del Servicio Psiquiatría en Temuco y Nueva Imperial, fueron principalmente, entre varios nombres, el Doctor Martín Cordero y la Doctora Ruth Obrecht, los dos psiquiatras, formados entre la Universidad de Concepción y la Universidad de Chile, respectivamente; ellos deciden aventurarse como líderes del proyecto, tras el retiro del Doctor Numhauser, quien había cimentado el servicio de Psiquiatría en el Hospital de Temuco. Estos médicos entusiastas, tuvieron en sus manos, uno de los proyectos más encantadores llevados a cabo en materia de salud mental en Chile, y en un lugar, que por su contexto geográfico, resultaba inhóspito y lejano para los grandes centros que albergaban las artes y las ciencias, como lo es Santiago o Concepción.

Por allá en el año 1964, cuando aún en la medicina psiquiátrica, predominaban las lógicas asilares y junto con ello, la falta de espacios psicosociales para rehabilitación y tratamiento, comienza a surgir poco a poco, el proyecto de servicio de psiquiatría de Temuco y Nueva Imperial. Esto fue una puesta innovadora y comunitaria, que buscaba resquebrajar el estatus quo en materia de salud mental, la lógica manicomial-asilar, promoviendo muy al contrario de esto, una mirada dignificadora y vinculante con los pacientes.

Por primera vez en las tierras de la actual Araucanía, se estaba planteando que la comunidad y sus individuos, podrían ser unos sujetos activos en el servicio psiquiátrico (p. 17) y por lo tanto con una gran capacidad de agencia. Una de las claves para esto, fue entender, a través del análisis de los informes locales de Temuco, que las enfermedades psiquiátricas graves, mantienen su cronicidad por los déficit socioeconómicos, las condiciones de pobreza, el aislamiento y el rechazo, por lo que un contexto propiciador de la rehabilitación, debiese considerar aquellas condiciones materiales y relacionales adecuadas para su desarrollo (p. 30), es decir comprender la psiquiatría, desde las

necesidades y potencialidades de la comunidad. Dichos aspectos, llevaron a que Cordero y Obrecht, desarrollaran una praxis, que poco a poco, decantó en un modelo, que, si bien fue variando en sus componentes, se mantuvieron sus principios e ideales.

Por un lado, podemos entender las condiciones materiales, como el ambiente físico, estructural, económico, geográfico, y cómo éstas dan cuenta de las formas en que se habita la comunidad desde lo microsocioal, y sociedad desde lo macrosocioal. Por otro lado, los principios relacionales de la psiquiatría comunitaria, entendidas como aquellos aspectos epistemológicos y ontológicos, para comprender la enfermedad, la reinserción social de los individuos, a través del diálogo, el afecto y la dignidad humana.

Dentro de las Condiciones Materiales del servicio de psiquiatría podemos resaltar varias claves para ejemplificar. En primer lugar, un espacio acogedor para otorgar atención como lo fue el primer piso de la casa ubicada en el frontis del Hospital de Temuco, que permitiera las buenas relaciones y se pudiera extrapolar al hogar (p. 23). Otro aspecto, del periodo inicial de este proyecto, eran los talleres de oficios orientados a la laborterapia, los cuales fueron destinados a la formación de los usuarios, en trabajos manuales a fin de poder generar recursos, y por otro lado, relacionarse con otros usuarios desde un ámbito funcional y cotidiano (p. 24). De forma consecutiva, tenemos la noción de “puertas abiertas”, que no solo funcionaba como una metáfora, sino que fue una realidad concreta y literal, ya que se dejaba abierta la puerta de servicio, sin llaves o candados, para así evitar la fuga, como tendía a ocurrir en los servicios asilares (p. 27), de esta forma se buscaba un lugar que lejos de ser coercitivo, buscaba la libertad de participación. Por otro lado, existió el anecdótico Hospital Granja de Nueva Imperial, un espacio que por una parte tiene la noción de sanidad, y por otro lado, el productivo, pero que lejos de entenderse como un extraño híbrido, fue un espacio integrado y relacional, que anhelaba la recuperación de los pacientes en todos sus ámbitos, desde la terapia en las cuatro paredes o los talleres, hasta en las instancias informales como el fútbol, y el trabajo agrícola-ganadero (pp. 58-62).

Por otro lado, tenemos los principios orientadores de la psiquiatría comunitaria, en donde se puede vislumbrar distintos aspectos muy relacionados entre sí, comenzando por la noción de diálogo de saberes. Este concepto, es entendido como la co-construcción de sentidos comunes, en un marco de desigualdad de significados, a fin de poder establecer y generar nuevas relaciones y saberes (Ghiso,



2000) lo que se materializaba, en el diálogo constante entre los distintos funcionarios del servicio psiquiátrico, los pacientes, sus familias y organizaciones de la comunidad, respecto a al problema de la salud mental, como se puede notar en las investigaciones realizadas en el servicio, manuales de psiquiatría, revistas y/o el “Simposio sobre Alcoholismo”, en donde participaron activamente, distintos agentes de la comunidad (pp. 37-46). En relación con esto último, está lo que el Dr. Cordero denominó como “el espíritu libertario”, es decir la horizontalidad, responsabilidad y el diálogo constante, entre todos quienes forman parte del proceso, puesto que todo el contexto influye en el paciente (p. 107). También, está el enfoque de derechos humanos, es decir que el trabajo esté centrado en la persona del paciente y su mejora continua e integral, lo que Cordero llamó como sujeto-céntrico (p.105). Finalmente, y quizá uno de los aspectos más relevantes a nivel conceptual de este apartado, es la concepción de “normalidad”, entendida como una aspiración saludable y deseable para toda persona, de vivir en y para la comunidad (p. 105).

Todos estos aspectos teórico-prácticos, y los otros que se pueden indagar en el libro, configuran una forma material y existencial de rehabilitación, que intencionalmente borró las fronteras entre la terapia y la vida misma. A pesar de sus buenos resultados, y la gran recepción que tuvo a nivel nacional e internacional, este proyecto estaba en la mira sospechosa de las fuerzas armadas de la época. Uno de los primeros mensajes de advertencia que llegaron a los oídos de los y las funcionarias, fue que “dispararían a cualquier loco que sorprendieran suelto” (p. 117). Esta advertencia, cargada de violencia e ignominia, fue el comienzo del triste desbaratamiento del servicio psiquiátrico y un antecedente de la ruptura abrupta de la democracia en Chile, pero que hoy en día, y cómo un ejercicio esperanzador y político, Rosa Torres y Claudia Araya, buscan reconstruir en este gran libro.

Referencias

- Ghiso, A. (2000). *Potenciando la diversidad: diálogo de saberes una práctica hermenéutica colectiva*. Biblioteca Digital.
- Torres, R. & Araya, C. (2023). *Psiquiatría Comunitaria en el Sur de Chile: Temuco y Nueva Imperial, 1968-1973*. Ediciones Escaparate.